

Luis Alberto Heiremans (*)

La muerte del viejo adolescente



AY días así, llenos de sol y despreocupados. Se despierta de pronto muy alegre, sin saber por qué, y todo parece menos sórdido en la pieza, menos imposible. Manuel lo percibió aquella mañana y, como era domingo, decidió prolongar la sensación y quedarse un rato más en cama.

Gustó el momento con verdadero placer: las sábanas tibias, el rectángulo luminoso que arrojaba la ventana sobre el piso de tablas, quizás el repique de unas campanas a lo lejos y, sobre todo, el saberse dueño, enteramente dueño, de aquel día que se hallaba por delante.

Fué entonces cuando por primera vez vió al gorrión. Volaba afuera, en el jardín de los vecinos, precisamente sobre la copa del

(*) Luis Alberto Heiremans, joven escritor de firme y definida personalidad, se presenta por primera vez a los lectores de "Atenea". Heiremans ha publicado ya dos libros de cuentos, que lo destacan a la cabeza de un grupo de jóvenes que trabajan por darle al cuento y a la novela un acento de originalidad un tanto alejado de la tendencia criollista, como ha dado en llamarse a la literatura de sabor autóctono. Heiremans le da a sus relatos una delicada y vital entonación, que revelan a un escritor de condiciones superiores, cuyo talento, en el correr del tiempo y de la experiencia, se expresará, seguramente, en todos los aspectos de la emoción y de la realidad, captados por un verdadero artista.

castaño de los vecinos, y lo hacía sin esfuerzo, tal vez siguiendo el impulso de algún viento. Al mirarlo, Manuel llegó a contagiarse con esa impresión de libertad que se desprendía de él e, incluso, esbozó uno que otro gesto natatorio bajo las colchas. Sonrió también, porque en ese instante se supo ¡y habría jurado que no era imaginación! en pleno cielo.

Pero todo esto no duró mucho, apenas el tiempo de cerrar y abrir los párpados. Cuando lo hizo, vió que el gorrión se había detenido sobre el borde de la ventana y lo miraba con toda atención. Luego extendió las alas, escondió la cabeza bajo una de ellas, la izquierda, y uno por uno fué realizando todos los gestos que, sin duda, representan la coquetería de un pájaro.

—¡Hola! —exclamó Manuel—. Pareces muy contento.

El gorrión lo contempló, inclinando luego la cabeza.

—Bonita mañana ¿no te parece? Digna de un paseo. ¿Te gustaría salir?

Sin esperar la respuesta, Manuel saltó fuera de la cama y corrió hacia la ventana aleteando y lanzando los gritos más extraños. Era más bien flaco y el pijama colgaba de su cuerpo como lo hace una bandera de un mástil en un día sin viento. El gorrión no se inmuto ante estas demostraciones de euforia; al contrario, cuando Manuel alargó su mano hacia él, en vez de rehuirla, pareció buscar el contacto de la palma amiga.

—¡Buenos, buenos días!

Mientras Manuel, saltando siempre, porque estaba muy contento, comenzó a lavarse, el gorrión fué a descansar sobre la almohada tras haber encerrado la lámpara, es decir, la ampolleta que pendía del alambre, en tres anillos de vuelo.

El acto de lavarse revestía los domingos todos los caracteres de un ritual. Como nadie lo apuraba, podía esperar hasta que el agua estuviese siquiera tibia, para que así el jabón de afeitar formara bastante espuma. Su compañero voló a detenerse sobre el borde del lavatorio y ahí, ensimismado, lo contempló. Manuel, sin el más

mínimo respeto, le lanzó un copo de espuma. Sobre el plumaje pardo la mancha fué deshaciéndose lentamente, por los bordes, dejando, eso sí, una huella viscosa, como el paso de un caracol. Para vengarse, sin duda, y cuando Manuel no miraba, el pájaro se introdujo dentro del lavatorio y aleteó con fuerza. En un primer momento, el hombre quiso enojarse; pero luego decidió echarlo a la broma y el ruido de sus carcajadas rebotando en la pieza llena de sol logró una nota muy hermosa.

—Bueno —dijo cuando estuvo vestido—, mientras yo bajo por la escalera, tú puedes tomar tu camino, es decir, la ventana: nos encontraremos abajo. Me gustaría acompañarte, sin embargo...

Al salir, se encontró con la dueña de la pensión que volvía de misa.

—Buenos días, doña Escolástica —aquel nombre positivamente disonaba en esta mañana de domingo.

—Buenos días, don Manuel. ¿A dónde va tan contento?

—A pasear. ¿No le parece que la mañana se presta para un lindo paseo? Sol, aire puro...

—¡Este don Manuel, siempre tan poeta!

Una vez en la calle, buscó al gorrión por todas partes; pero le fué imposible encontrarlo. No sin pena, echó a caminar. Sin embargo, muy pronto, la atmósfera de esa mañana de domingo lo ganó por completo, llegando a olvidar el incidente.

Es curioso, estas mañanas de domingo poseen un encanto especial, donde hay mucho de provincia y no poco de lo que uno imagina eran "los otros tiempos" como los llaman nuestros abuelos. Por única vez durante la semana parece que las personas experimentarían placer al andar juntas: las familias se constituyen en las puertas de las iglesias o de las pastelerías; los novios transitan optimistas; los amigos hacen planes para cada minuto que resta y, en general, nadie parece disgustado. La gente huele bien, a ropa limpia, a jabón y a escobilla utilizados sin premura, a perfume a veces. Hay un cierto vigor, un ansia de seguir viviendo, la promesa de

un buen almuerzo, de una larga siesta y de unas once pantagruélicas.

Manuel se dirigió al cerro Santa Lucía y, una vez allí, decidió subir a la terraza. Buscó los caminos más sombreados, bajo árboles cuyos nombres nunca tuvo tiempo de aprender. De vez en cuando aparecían entre las ramas pequeños pabellones de color rosado, cubiertos de enredaderas, ridículos para un ojo crítico; pero infinitamente hermosos y enternecedores para la mirada fraternizante de Manuel. Por el camino, le pareció que dos o más pájaros lo seguían, revoloteando de rama en rama. Su paso se aligeró y, por segunda vez desde su despertar, volvió a dominarlo aquella alegría sin razón.

La terraza estaba casi desierta a excepción del vendedor de barquillos y de otro que se paseaba con un racimo de globos. Aquella luz, aquel calorcillo del sol que se desplomaba con fuerza sobre la cima plana del cerro, le comunicaron una intensa sensación de bienestar. Caminando llegó junto a una torre que había cerca de un prado.

—Buenos días. ¡Qué sorpresa encontrarlo por estos lados, señor Silva!

—Eh . . . buenos días.

—Apostaría que no se acuerda quién soy.

—Claro que sí.

—A ver, dígalo, ¿quién?

—Este . . . este . . .

—Lo ve, lo ve —y la muchacha comenzó a reír sin ganas. Una coquetería falsa le aconsejaba reír para esconder, digámoslo sin rodeos, su fealdad. Llevó su hilaridad hasta tales extremos que, al querer levantarse ahogada por la risa, cayeron al suelo un libro de oraciones y un velo que hasta entonces reposaban sobre su falda. Nunca se supo si aquel movimiento fué premeditado o no; lo cierto es que ambos se agacharon para recoger los objetos y ahí, en cuclillas, los rostros muy juntos, las manos se rozaron enredadas en el velo. Durante un breve segundo la mirada de Manuel también

quedó presa en la de la muchacha y ahora sí estallaron risas verdaderas, tímidas en un comienzo y luego muy fuertes. Los dos pájaros que habían seguido a Manuel huyeron temerosos por una de las avenidas.

Esa noche doña Escolástica lo esperaba en la puerta de la pensión.

—¡Por fin, don Manuel!

—¿Qué sucede?

—¿Dónde ha estado todo el día?

El no contestó.

—¡Hace horas que lo espero!

—¿Ha pasado algo grave?

—Más o menos. Fíjese que esta mañana... perdón, tiene la corbata un poco chueca —dijo al mismo tiempo que se la enderezaba—. Comprendo, comprendo. Esta primavera y usted tan poeta que lo han de ver...

—¿Qué pasó esta mañana?

—Ah, de veras. Fíjese que cuando fuí a hacer el aseo de su pieza había un pájaro sobre la almohada; me pareció que era un gorrión.

—Sí, era un gorrión.

—Ah... —y luego reaccionando—. ¿Pero entonces usted lo sabía?

—Sí.

—Y no pude echarlo...

—No importa —contestó mientras subía por la escalera—. Déjelo.

—Pero es que...

Ahogó la voz cerrando la puerta de su pieza. Estaba solo y contento. Encendió la luz y, de inmediato, quiso ver a su amigo; pero no pudo descubrir dónde se había escondido. Buscó en

los rincones, bajo la cama, en el lavatorio: inútil. Entonces vió la ventana abierta y pensó que por ahí habría escapado. Un desencanto se adueñó de él y, dejándose caer sobre su lecho, se puso a tararear la canción que había escuchado durante buena parte de la tarde. Aquello lo reconfortó.

Cuando doña Escolástica vino a avisarle que la *cena*, como ella llamaba la comida de los domingos, estaba lista, él no contestó, pretextando dormir; aún más, ensayó uno que otro ronquido para convencerla. Después de repetir varias veces su llamado, la buena mujer decidió irse y, mientras se alejaba, mientras sus pasos se perdían por el pasillo, Manuel escuchó otro ruido, muy próximo ahora, casi junto a él. Algo así como hojas que golpearan contra los cristales de la ventana o bien un aleteo ¡sí! eso era, un aleteo, el golpe seco, preciso y repetido del aleteo de un pájaro. Se dió vuelta entonces y ahí, emergiendo del bolsillo de su abrigo, descubrió al gorrión. El pájaro al sentirse observado inclinó su cabeza con toda seriedad.

De golpe, Manuel recuperó su antigua felicidad, ese júbilo breve e intenso que, ya en la mañana, lo había hecho palidecer. Y con toda seriedad él también contestó el saludo.

La muchacha resultó llamarse Fernanda y ser telefonista de la oficina donde trabajaba Manuel; pero él no la había visto antes. Sin embargo, al día siguiente, cuando a las nueve un cuarto en punto entró al edificio, ahí estaba ella, sonriente entre sus hilos y el tablero lleno de lucecitas. Manuel la miró con toda frialdad y, al contestar su saludo, vió que no era hermosa y que la luz de aquel domingo que pasaron juntos lo había cegado.

No volvió a pensar en ella durante el resto del día. Apenas estuvo instalado tras su escritorio, se abstraigo totalmente en el trabajo. Los días en las oficinas transcurren sin incidencias. Un lunes no es más que una semana que empieza y aquel no fué distinto a

los demás. A las cinco firmó el registro y salió a la calle. Ahí lo esperaba Fernanda.

—¿Qué hubo? ¿Cansado?

—No... no...

—¿Por cuál lado se va usted?

—Por allá.

—¡Qué casualidad! Yo también.

A partir de entonces ella siempre lo esperaba a la salida y volvían juntos a sus respectivas casas. Y así poco a poco fué deslizándose en su existencia. Por detalles mínimos, por pequeñas costumbres, por rutina llegó a ser imprescindible. Para Manuel que hasta entonces había estado siempre solo, la muchacha era un verdadero nexo, un puente necesario entre él y los demás. Descubrió otra manera de vivir, una donde se conversaba, se discutía, se hablaba mucho, se comunicaba, en una palabra. Pero la descubrió en compañía de Fernanda y sin ella era incapaz de internarse por esos caminos hasta hoy desconocidos.

El recuerdo de aquel primer domingo que habían pasado juntos lo impulsó a repetir la salida. Decidieron ir a un cinematógrafo; pero como Manuel había olvidado adquirir entradas con anticipación, ya estaban todas agotadas cuando quiso hacerlo. Vagaron entonces por las calles céntricas junto a otros que tampoco sabían a dónde ir. Familias que arrastraban niños insoportables; parejas aburridas que ni siquiera jugaban al juego de mirarse; hombres solos, malhumorados, buscando como los demás, algún sitio donde encerrarse y olvidar.

Manuel que hasta entonces había sido inmune a estas sensaciones colectivas, se supo de repente preso en ellas. Como si la barrera que lo separaba de los otros hubiese caído y, entre ellos, permaneciese expuesto al peligro que cundía como una epidemia. Fernanda ya no hablaba y, mudos, avanzaban ambos siguiendo esa hilera de náufragos bajo los avisos luminosos que se encendían sin verdadero entusiasmo.

Se despidieron mirándose apenas. Manuel corrió a su tercer piso, a su pieza, y comenzó a hablarle muy rápido al gorrion, como queriendo ahogar todos sus pensamientos. El pájaro revoloteaba alrededor suyo en forma insistente; parecía quererlo atraer hacia la percha donde colgaba su otro terno y el abrigo. Por último Manuel accedió a seguirlo; pero hablando siempre.

—¿Cuánto tiempo que vives conmigo? Ya ni sé. Una, dos, tres semanas. Me gustaría... me gustaría confiarte algo: es la primera vez que tengo un amigo, un verdadero amigo. Hace un rato, mientras me paseaba por el centro con Fernanda, sólo tenía un deseo: volver pronto a conversar contigo. Pero ¿qué es lo que te pasa? ¡Quédate tranquilo! No ves que... ¿Y esto?

Sobre el borde de un bolsillo de su terno gris, el que se ponía para ir a la oficina, asomaban las cabezas de otros dos gorriones.

—¿Qué es esto?

Como una respuesta a su pregunta, los pájaros emergieron del todo y, uniéndose al tercero, formaron una verdadera ronda. Ahí permanecieron aleteando con fuerza mientras saludaban. Después de un segundo esa ronda que no giraba se rompió y cada uno fué a jugar por su cuenta. Manuel, arrobado, no perdía uno solo de sus movimientos.

A pesar del fracaso de aquella segunda salida, Fernanda, como de costumbre, lo esperó al día siguiente. Esa seguridad paralizaba a Manuel. Al hablar, lo que decía, no aguardaba réplica tanto por el tono con que era expresado como por lo definitivo de su actitud. En todo momento, parecía saber cuál era su meta y hacia ella iba con los ojos muy abiertos, sin dejarse intimidar, destrozando lo que podía entorpecer su paso. Cuando Manuel comprendió todo esto, tuvo miedo. Quiso rehuirla; pero la muchacha intensificó su plan ofensivo.

Sin embargo, solía huir a veces. De tarde en tarde, se refugia-

ba en su pieza, entre sus cuatro muros, respiraba en paz. A medida que transcurría el tiempo, habían ido llegando otros pájaros. Más gorriones por cierto; pero también zorzales, petirrojos y muchos otros que él desconocía. Anidaban entre sus camisas, entre sus calcetines y pañuelos y, por supuesto, en los bolsillos del terno gris. Vióse obligado a sacrificarlo y a ponerse todos los días el azul marino. Fernanda se lo hizo notar.

—Falta de previsión —dijo—. ¿Qué hiciste con el gris?

—¿El gris? El gris estaba muy viejo.

Manuel se sentía dichoso en aquel mundo movedizo. Conversaba con los pájaros, se entretenía mirándolos jugar y a veces jugaba con ellos. También los ayudaba en todo cuanto podía y, en más de una ocasión, fué enfermero o fabricó un nido o les abrió la puerta del ropero para que se escondieran cuando doña Escolástica venía a limpiar el cuarto.

Pero el mundo que le ofrecía Fernanda también era atrayente. A pesar del temor que a ratos le inspiraba la muchacha, se sentía ligado a ella por algo que no podía encerrar en palabras y que nació el día que las manos se rozaron. Esa amarra inmaterial era poderosa. Manuel lo sabía. Por eso cuando una tarde Fernanda le dijo que deseaba hablarle y que, en vez de volver a casa, fueran al parque, él se dejó llevar.

Terminaba el otoño y bajo los árboles ya era de noche. Fernanda sin duda lo tenía todo planeado, porque habló sin titubear, sin equivocarse ni una sola vez, pronunciando las palabras, aun las más importantes, con suma claridad. Mientras escuchaba, Manuel iba sintiéndose cada vez más débil, más indefenso, más niño tal vez. Hubiese querido discutir o por lo menos opinar sobre algunas de las cosas que ella decía; pero le resultaba imposible hacerlo.

Y fué así como aquella conversación decidió, en una media hora, toda su vida. Sin darse cuenta casi, Manuel se había comprometido con Fernanda e incluso fijaron la fecha del matrimonio que debía efectuarse el próximo mes.

Cuando Manuel volvió a la pensión en un estado de estupor, de alegría, de pesar y de confusión, lo aguardaba un pequeño drama. En la puerta, doña Escolástica lo recibió despeinada y exangüe:

—¿Lo ha visto? ¿Lo ha visto?

—¿A quién, doña Escolástica?

—A Pepito. Se ha perdido, se arrancó. A lo mejor ya lo han muerto. Esta mañana cuando fuí a cambiarle el agua, debe haberse quedado la puerta abierta y, por ahí, se escapó. ¿Usted no lo ha visto, don Manuel?

—Desgraciadamente no.

—¡Mi última esperanza! —gritó la buena mujer, aniquilada—. Voy a llamar a la policía.

Al abrir la puerta de su pieza, Manuel vió de inmediato a Pepito. Ahí estaba el canario entre los gorriones, jugando en torno al lavatorio con agua, brillando como una gota de oro en medio de todo aquel plumaje pardo.

—Tienes que volver donde tu dueña —le dijo Manuel al mismo tiempo que se acercaba—. Ella te quiere mucho.

Pero el canario pareció comprender y voló a esconderse tras el ropero.

—Vamos, no seas tonto. Yo le diré a doña Escolástica que no te encierre en una jaula y que, cuando quieras, te deje venir a jugar con tus amigos.

Los otros pájaros que hasta entonces habían permanecido inmóviles, se arremolinaron de pronto en torno de Manuel. Querían obligarle a retroceder, a que dejara el canario donde estaba. El hombre se puso súbitamente serio:

—Pepito es de doña Escolástica —y los pájaros comprendieron. Junto a una de las patas del armario apareció el regalón de la dueña y se dejó tomar.

La buena mujer sufrió un segundo ataque histérico cuando Manuel le entregó a Pepito.

—¡Claro! Yo sabía que usted podría encontrarlo.

—Le aconsejaría, eso sí, que dejara la puerta de la jaula abierta.

—¿Para que se arranque de nuevo? ¡Nunca!

—No, para darle confianza.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro.

—Bueno, usted debe saber más, don Manuel. Al fin y al cabo dicen que los poetas también hablan con los pájaros —y rió mucho con su ocurrencia.

Este incidente lo impulsó a contar a Fernanda la historia de los gorriones.

—¡Qué amor! —exclamó ella—. Me encantan las jaulas de pájaros. Alegran tanto una casa.

—Es que éstos no están dentro de una jaula sino sueltos.

—Ah. En fin, ya nos arreglaremos.

—Y justamente quiero... en fin me gustaría que tú también quisieras que anduviesen sueltos.

—Después veremos, después.

Pero cuando Manuel insistió, ella dijo: "Bien sabes que te quiero", así, como algo estampado en un contrato. El hombre se rindió entonces y pasaron varias semanas.

Hubo una despedida de solteros ofrecida por los compañeros de la oficina, una comida eterna con brindis y fotografía; hubo también un salero grandote e inútil regalo del jefe de sección; hubo muchos otros saleros y algunos ceniceros, y, por último, hubo ese día, un día domingo, cuando se sorprendió entre doña Escolástica que lloraba como una buena mujer y Fernanda que se erguía, orgullosa como un San Jorge, bajo la coronita de azahares, el velo y el vestido de todos los domingos.

Cuando por fin llegaron a la pieza del tercer piso, doña Escolástica se decidió a dejarlos solos. Partió guiñando ojos y riendo por lo bajo, muy maliciosa. Manuel cerró la puerta y lleno de entusiasmo, exclamó:

—¿Te gusta?

De pronto se dió cuenta que era muy feliz. Durante la fiesta que hubo después de la ceremonia, lo obligaron a brindar sin descanso y ahora el alcohol cosquilleaba a nivel de la cabeza, desparrándose en calor por todo el cuerpo.

—¿Qué? —preguntó Fernanda.

—La pieza —se acercó para besarla; pero ella lo detuvo con un gesto.

—¿Estás enojada? ¿Por qué? ¿Por qué?

—¿Yo?

—Sí, dime por qué estás enojada... Dime.

—¡Qué ocurrencia!

Pero se notaba disgustada, tal vez nerviosa. Y mientras frente al espejo desprendía su velo y la corona, se percibía una rabia que la ahogaba, que la obligó a gritar:

—No me gusta que tomes. ¡No me gusta! ¿Me oyes? ¡No voy a permitirlo. Y además me irrita esa vieja, la dueña de la pensión. Mañana buscaremos...

No alcanzó a terminar su frase, porque en ese momento todos los pájaros que hasta entonces habían guardado silencio, empezaron a trinar en señal de bienvenida.

—¿Qué es eso? —alcanzó a preguntar Fernanda; pero los pájaros, eufóricos, la rodearon enredándose en el velo, persiguiéndose entre los azahares de la corona como un tropel de niños desbocados.

—¡Quieren saludarte! Diles algo...

Fernanda se irguió con furia.

—Déjenme... ¡déjenme! —gritaba defendiéndose—. Déjenme, bichos del diablo...

Y mientras se debatía, perdió el equilibrio, cayendo al suelo.

Una cólera sorda se apoderó de ella. Como pudo, se levantó y arrancó de su cabeza la corona y el velo, aprisionando algunos de los pájaros. Corrió entonces hacia la ventana, la abrió de par en par y sin pensarlo dos veces lanzó lejos aquel montón de plumas y flores envueltas en el tul. Dos de los gorriones habían logrado escapar y huían despavoridos, golpeándose contra los muros de la pieza. Fernanda agarró una silla y, segando el aire, los obligó a encontrar la ventana y a precipitarse hacia afuera. Sin embargo, enardecida como estaba, alcanzó a aplastar a uno de los pájaros.

El hombre había contemplado esta escena mudo, sin lograr moverse, sin poder esbozar el más mínimo gesto para defender a sus amigos. Cuando Fernanda dejó caer la silla, él la miró fijamente, como descubriéndola recién. Por fin leyó en sus ojos aquel secreto que hasta entonces sólo había logrado atemorizarlo; pero ante el cual hoy deseaba gritar como una bestia acorralada.

—Ves... ves... —volvió a chillar ella—. Ahora he perdido mi velo y mi corona —y dando un puntapié al gorrion muerto, volvió a contemplarse en el espejo, queriendo peinar sus cabellos.

Manuel, con toda simplicidad, tomó entre sus manos el cuerpo del amigo. Se dejó caer sobre el lecho, sin fuerzas, como un cuerpo inerte él también. En aquel instante, y para siempre, perdía algo muy suyo, sagrado casi. En realidad, había muerto y ahora tan sólo le restaba seguir viviendo.